

7 Cara y Ceca. Dos miradas sobre la educación y la niñez en el presente.

Educación y pobreza

Claudio Chaves

Cuando leí el artículo que **Iván Petrella**, director académico de la **Fundación Pensar**, publicó en el diario *La Nación*, el 2 de agosto de 2013, se disparó en mi memoria histórica algunos hechos que deseo compartir con mis lectores y, también, con el joven pensador.

En su relato acerca de la necesidad de dejar de lado los debates ideológicos, que en nada contribuyen a la hora de las realizaciones, pone como ejemplos de la ineficacia de los ideologismos, dos obras implementadas por distintos gobiernos: una por el alcalde de Medellín y la otra, un emprendimiento educativo en el Harlem.

Por la primera se embellecen barrios pobres, que el autor observa como política de izquierda y al mismo tiempo se refuerza la seguridad que atribuye a espíritus de derecha. En síntesis un político resuelto a solucionar los problemas de la pobreza no duda en tomar las medidas que sean necesarias para hacerlo. Fin.

En el caso de las escuelas del Harlem se trata de una modalidad de intervención escolar sobre familias desamparadas hasta el punto de llegar a sustituirlas cuando el abandono es total, modificando sus costumbres y sus prácticas. Algo que el progresismo no aplaudiría, según nos dice Petrella. Más allá de estas observaciones, acerca del juego de las ideologías, aspecto sobre el cual no voy a opinar, el artículo me invita a traer al presente viejas prácticas educativas que hemos dejado en el olvido. De manera de ser nosotros y nuestra historia los inspiradores de urgentes reformas que nos debemos.

La Ciudad Infantil

En el mes de julio de 1949 el gobierno de Perón inauguraba en el barrio de Belgrano, Echeverría y Dragones, un complejo escolar denominado Ciudad Infantil. Dos hectáreas dedicadas a la educación de los niños. En una de ellas, el edificio central donde se hallaban los dormitorios, las aulas, los salones de juego, de espectáculos, gimnasios, cancha de básquet, biblioteca y todas las dependencias necesarias y pertinentes a un hogar-escuela. Que de esto se trataba.

Los pasillos que conducían y comunicaban estaban pintados y decorados con colores suaves y dibujos expresivos, con representaciones de Blanca Nieves o Caperucita Roja. En torno al edificio principal se extendía la Ciudad Infantil, propiamente dicha, una verdadera planta urbana de juguetería, realizada a escala reducida, en proporciones adecuadas a los niños y con proyecciones a un mundo imaginario. Un mercado, un Banco, un bar, un mundo fantástico. ¡Un cuento de hadas! O para decirlo con palabras del General Perón: “La Ciudad Infantil hará posible que nuestros niños pobres vivan como no vivieron antes los niños ricos de esta Patria de la abundancia”.

En esta ciudad se atendía niños de dos a siete años. Pero todo el ciclo que continuaba en otros hogares-escuela iba hasta los diecisiete. Tenían que ser niños pobres, preferentemente huérfanos o que no podían ser atendidos por sus padres. Había externos e internos. Los internos

dormían separados por sexo en dormitorios espaciosos proveyéndoseles la ropa de cama. Los dermis, primorosos, debían ser cuidados por ellos mismos como poderoso motivo de educación. Eran visitados semanalmente por médicos y odontólogos.

En fin, una educación integral. La caída de Perón se llevó por delante estas instituciones. Quizás un orgullo que no debimos haber perdido.

La educación que nos debemos

La obra de aquel gobierno ya no es patrimonio del peronismo. Ni sus valores, ni sus principios. Hoy son de todos los argentinos. **La justicia social ya no se discute.** Es un derecho adquirido. Sin embargo ha quedado en el olvido aquello de que los únicos privilegiados son los niños.

Hay que recuperar lo destruido. Hoy, los problemas de la niñez y la juventud son más graves que en aquellos años. Sin embargo nada se ha hecho. La droga, la violencia y la delincuencia azota a niños y jóvenes.

Es imperdonable que en la “década ganada” los niños hayan perdido. Con menos de lo que se ha ido en subsidios y corrupción se hubieran podido levantar estas experiencias educativas a lo largo y ancho de nuestro país. Nada, absolutamente nada puede disculpar la desidia de funcionarios que arrogándose ser la expresión de mayorías populares han dejado en la calle a cientos de miles de niños a merced del vicio y de la muerte.

La Argentina que viene deberá saldar esta deuda.

Los niños ganaron porque se ha recuperado lo destruido

Hernán Herrera

No sin sorpresa leímos en la edición de Infobae del 4 de agosto último, una columna de opinión de Claudio Chaves donde nos encontramos con las siguientes palabras: “Hay que recuperar lo destruido. Hoy, los problemas de la niñez y la juventud son más graves que en aquellos años. Sin embargo nada se ha hecho. Es imperdonable que en la “década ganada” los niños hayan perdido. Nada, absolutamente nada puede disculpar la desidia de funcionarios que arrogándose ser la expresión de mayorías populares han dejado en la calle a cientos de miles de niños a merced del vicio y de la muerte.”

Hablemos de esto.

“Hay que recuperar lo destruido” es una frase desafortunada. En los años noventa los sectores populares secaban la yerba al sol para volver a usarla. En cambio en los últimos 10 años, los mayores ingresos de muchas familias permitieron que recuperaran sus rutinas sociales, económicas y culturales. En conclusión durante esta década se recuperó mucho de lo destruido durante los noventa.

¿Qué pasó en los 90? En aquellos años gracias a la valorización financiera, las privatizaciones, con un Estado que aseguraba la lógica del más fuerte (empresas de servicios, bancos extranjeros y

grupos económicos locales), se dañaron el trabajo nacional, las economías regionales y el bienestar social. Finalmente, lastimar el trabajo es afectar a la sociedad.

¿Qué ocurrió en la última década? El Estado se puso al frente de la conducción económica de la Argentina recuperando el trabajo, el acceso al consumo y mejorando el bienestar social de los sectores relegados. Detrás del trabajo hay familias, detrás del salario real que aumentó indiscutiblemente (hasta informes de la Universidad Católica Argentina lo admiten) hay chicos que absorben la cultura del trabajo y se preparan para seguir esos pasos.

En estos 10 años se pasó de un gasto público del 2,5% a un 6% del PBI en educación. Cabe destacar que esta porción del gasto público se debe llamar inversión social. En estos 10 años se crearon 9 nuevas universidades nacionales, con una población universitaria que le ganó en crecimiento al aumento de la población total. La población total creció un 11% y la población universitaria lo hizo en un 28%. En la Universidad Nacional de Avellaneda por ejemplo, el 84% de los alumnos son primera generación de estudiantes de sus respectivas familias. Esto se llama inclusión educativa, y forma parte de la movilidad social ascendente a la que asistimos desde hace 10 años. En este sentido cada vez una porción mayor de la Argentina se siente parte de la clase media.

En la Universidad Nacional de Villa María 9 de cada 10 estudiantes tiene la oportunidad de ser el primer graduado universitario de sus familias. Lo cual está un poquitito lejos de “han dejado en la calle a cientos de miles de niños a merced del vicio y de la muerte” como afirma Chaves en su columna. Del total de los 8.000 alumnos que hoy cursan en la flamante Universidad Arturo Jauretche, el 40% vive en calles de tierra y el 95% de los inscriptos de primer año son primera generación. Por su parte, la UNSAM tiene actualmente cerca de 19.000 estudiantes; de ese número, un 75% son alumnos de primera generación.

Por supuesto que la inclusión social y educativa es una tarea permanente, porque el Estado interventor también debe estar en actividad constante. Una sociedad con un “Estado mínimo”, o sea con un Estado máximo a favor del mercado, no podría haber logrado estas cosas. El trabajo es el primer organizador social, y detrás de esto se encolumnan los demás indicadores de una Argentina que crece. Desconocer esto es construir un sentido común que valide lo contrario. Ya sea a propósito o sin querer, desconocer los avances de estos tiempos sólo puede generar un escenario para volver a tiempos que tanto perjudicaron al conjunto de la sociedad argentina. Reconocerlo es el primer escalón para seguir profundizando estos cambios, porque no se puede decir que llegamos al objetivo, pero sí que avanzamos gracias a la voluntad política de construir un país inclusivo. Eso se logró poniendo de pie al Estado en su rol de equiparador social, enfrentando a las corporaciones que aprovechan el desempleo y los bajos salarios para obtener mayores ganancias.

Se busca presentar a la corrupción como indicador de un rol del Estado equivocado. Es un eufemismo. En todo caso interponen la sensación de corrupción para modificar el crecimiento de la intervención del Estado que tantos beneficios trajo a la sociedad. Es un debate interesadamente mal planteado: la corrupción es un problema que cabe combatir bajo cualquier estilo de Estado. Pero dicho lo cual, no cabe mezclar ambas discusiones. Mezclarlas es atacar el Estado inclusivo.

Este Estado fuerte es el que otorga 3,3 millones de asignaciones universales por hijo (AUH) a aquellas familias que aún no tienen trabajo en blanco, se trata de 1,8 millones de familias que para

obtener esta asistencia están obligadas a mandar a sus hijos a la escuela. La AUH es imprescindible porque repara, porque asiste en la urgencia y porque genera un nivel de demanda agregada saludable para toda la sociedad ya que este mismo consumo genera mayores inversiones, más empleo, y mejora el mismo fondo de ANSES que sostiene estas asignaciones, lo que se llama un círculo virtuoso. La AUH es una herramienta central del Estado, no un fin en sí mismo.

Reconocer los avances de esta hora permite analizar los nuevos desafíos con otro horizonte de factibilidad. En este sentido, Laura Alonso planteaba en el N°6 de la Revista Bicentenario que “cabe destacar que los proyectos requieren que las universidades estén asociadas a otro sector (empresas, cooperativas, emprendedores, monotributistas, etc.) de modo de seguir promoviendo instancias que relacionen a todos los actores sociales y productivos”. Esto es así porque el Estado se fortalece cuanto más organizados estén los distintos sectores que lo conforman. Y la educación, y la inclusión educativa es un eslabón fundamental de esa organización.

Empleo y desocupación

Empleo (% respecto de población en aglomerados urbanos) y Desempleo (% de la PEA)

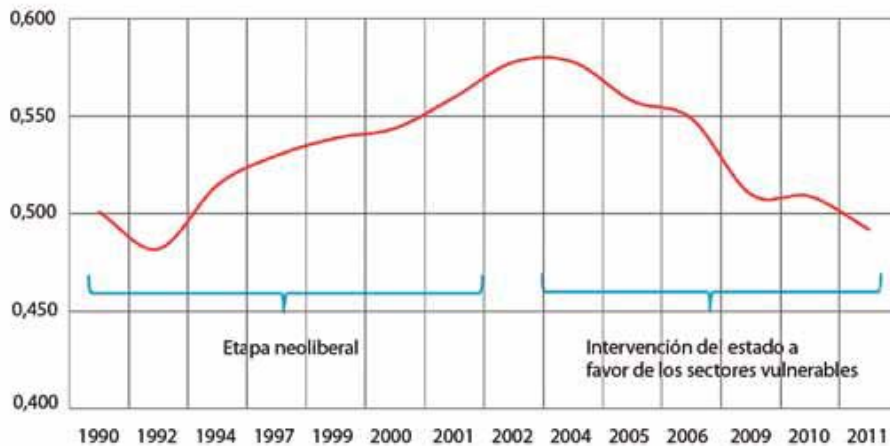


Fuente: elaboración propia en base a Ministerio de Economía y Finanzas (INDEC)

El nivel de empleo de la Argentina se mantuvo en las últimas décadas en una meseta del orden del 36% de la población urbana. A partir de la intervención del Estado para la inclusión, ese piso se elevó a 41%. En la última década el desempleo estructural se situó en el 7% u 8%, cerca de la mitad de la década de los 90s (13,5% de desempleo estructural).

Distribución del ingreso en la Argentina, últimas dos décadas

Evolución del coeficiente de GINI, distribución del ingreso per cápita de las personas



Fuente: elaboración propia en base a estadísticas de la CEPAL

El coeficiente de Gini es un indicador que muestra la concentración o distribución del ingreso de una economía. Cuanto menor es el indicador menos concentrada está la economía, o sea mayor (y mejor) distribución. En el gráfico que se presenta, puede verse la diferencia en la distribución del ingreso del total de las personas -según sus ingresos per cápita- que existe en la sociedad actual y la de los 90s.